

de Investigación en Historia Reciente (GIHR) de la Universidad de Navarra, liderado por el profesor Pablo Pérez López, en el que se inserta esta obra, fruto de la tesis doctoral de su autora. Entre los muchos méritos de este equipo cabe señalar su labor en la recuperación documental y en la producción historiográfica referida a los proyectos reformistas que contribuyeron al restablecimiento de la democracia en España². Sin duda, es en este vivero académico en el que esta obra adquiere su auténtica dimensión como aportación relevante al conocimiento de los hombres y mujeres que formaron el centro político en los años de la Transición a la democracia, un actor colectivo más diverso y complejo de lo que a menudo se piensa, al que todavía la historiografía no ha prestado la necesaria atención. Confiamos en que esta línea de investigación continúe desarrollándose con la misma brillantez que hemos observado en este modélico libro.

Rivera, Antonio y Mateo, Eduardo, *Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir*, Madrid, Catarata, 2020.

Por David Mota Zurdo
(Universidad Isabel I)

El 22 de febrero del año 2000, Fernando Buesa Blanco y Jorge Díez Elorza fueron asesinados por el comando Ituren de ETA en Vitoria. Al día siguiente, Pedro Gorospe, periodista de *El País*, relató el magnicidio de la siguiente manera:

“una furgoneta cargada con más de 20 kilos de explosivos puso fin ayer en el campus universitario de Vitoria a la vida del portavoz del PSE en el Parlamento vasco, Fernando Buesa, de 53 años, casado y con tres hijos, y a la del ertzaina que le escoltaba, Jorge Díez Elorza, de 26 años y soltero. Los terroristas de ETA tenían a la vista al parlamentario y su escolta cuando a las 16.38 accionaron el mando a distancia que provocó la explosión y la muerte del ex vicepresidente del Gobierno autónomo, uno de los políticos más críticos con la banda y su entorno político”³.

El atentado mortal se produjo escasamente un mes después de que ETA asesinara al teniente coronel Pedro Antonio Blanco, con el que se rompió la tregua que la propia organización terroris-

ta había establecido en septiembre 1998 para que todas las fuerzas nacionalistas vascas se congregaran en el municipio navarro de Estella e iniciar «un proceso de diálogo y negociación» que favoreciera el diseño de una estrategia conjunta que permitiera la obtención de la independencia del País Vasco. Este encuentro, que se selló a través del conocido como «Pacto de Lizarra», dejó fuera a las fuerzas no nacionalistas; es decir, los dos grandes partidos del panorama político español de la década de 1990: PP (en el Gobierno) y PSOE. Tal circunstancia puso de manifiesto que la vasca era una sociedad fragmentada, en la que el nacionalismo vasco se enfrentaba con aquellas sensibilidades políticas contrarias a traspasar líneas rojas, que eran contrarias a realizar concesiones políticas para poner fin al terrorismo; y que, en definitiva, eran reacias a que el fin de ETA fuera negociado políticamente. Fernando Buesa, como se desprende de la obra aquí reseñada *Fernando Buesa, una biografía política. No vale la pena matar ni morir*, fue uno de ellos.

Escribir una biografía política no es una tarea sencilla. Es fácil incurrir en el error, muchas veces inconsciente, de “enamorarse” del personaje, ofreciendo una imagen estereotipada y heroizada del rememorado. Igualmente, hay casos en los que los autores del relato realizan abiertamente un relato hagiográfico, que se basa en un uso ventajoso de la retrospectiva. Los autores de este tipo optan por presentar al biografado como una figura cuasi-omnímoda, situada en el lugar adecuado y en el momento oportuno, eclipsando conscientemente aquellos espacios grises de su trayectoria personal y política, las cuáles deciden introducir en el baúl de los recuerdos, cerrarlas bajo llave y tirarlo al mar, creyendo así que nadie podrá desvelar su lado más lóbrego. En muchos casos, suelen ser obras descontextualizadas, unas crónicas sin orden, ni concierto que deliberadamente tratan de deformar la realidad y desvirtuarla. Textos que, en definitiva, buscan construir una historia paralela, un relato que pugne con el auténtico para lograr imponerse y recordar al biografado como el adalid de los demócratas, el padre de la patria o el motor de la reforma social de un determinado país. Por el contrario, hay otro tipo de obras realizadas con la finalidad de conocer y entender al personaje en toda su integridad, valorando sus aciertos y errores, sus virtudes y defectos y sus claroscuros. De este modo es como se humaniza al biografado, como se descifra cuál fue su impacto sobre la sociedad de su tiempo y los porqués, si procede,

² Vid. Pérez López, Pablo (coord.), “El centro político en la transición”, dossier en *Historia del Presente*, 36/2 (2020), pp. 5-94.

³ *El País*, 22 de febrero de 2000.

de la impronta que han dejado en un determinado lugar, comunidad o colectivo.

La obra que aquí se trae a colación no se encuentra entre las del primer tipo. No es una de ellas. Antonio Rivera, catedrático de Historia Contemporánea de la UPV-EHU, y Eduardo Mateo, responsable de la gestión de proyectos y documentación de la Fundación Fernando Buesa, han escrito una obra de gran interés sobre uno de los políticos vascos más destacados de nuestra historia reciente: Fernando Buesa. Lo hacen con mucho tino, sin escamotear en detalles, independientemente de que estos sean negativos o positivos.

De hecho, esta monografía palia un vacío historiográfico notable al analizar la trayectoria política de uno de los dirigentes vascos más destacable de las últimas décadas del siglo XX. No sólo porque esta sea una de las pocas biografías académicas realizadas sobre un militante socialista vasco (de los etiquetados como «constitucionalista»), sino porque en la figura de Fernando Buesa se produce un hecho singular: que su muerte se produjera como consecuencia de un asesinato violento, perpetrado por una organización terrorista, hizo que el político, con sus errores y aciertos, transmutara desde esta condición a la de víctima de ETA. Esta circunstancia eliminó su trayectoria anterior y se ciñó a los meses y años previos al atentado. En cierto modo, tal condición contribuyó a una suerte de *damnatio memoriae* de su labor política y social, aun cuando en los días y semanas posteriores a su muerte sus compañeros de partido y amigos, como Javier Rojo, y adversarios políticos, como el nacionalista vasco José Ángel Cuerda, lo pusieran en valor.

Por este motivo, el ejercicio de reconstrucción de la etapa de Buesa al frente de la Diputación Foral de Álava, de los primeros Gobiernos Vascos de coalición entre socialistas y *jeltzales* y de su paso por el Ayuntamiento de Vitoria y las Juntas Generales es sobresaliente. Así, analizan, por ejemplo, cómo Buesa pasó de posicionamientos políticos democristianos durante la década de 1970 a recalar en el PSOE con una visión netamente socialdemócrata, que en no pocas ocasiones le valió la etiqueta de «socialista de seda» entre sus opositores dentro y fuera del partido. Tratan sin ambages las complicadas decisiones que tuvo que tomar este «cartesiano» cuando desempeñó puestos de responsabilidad política durante las décadas de 1980 y 1990 que le

granjearon enemistades, como sucedió con su posicionamiento ante la política lingüística del Gobierno Vasco, la negociación en torno a la conversión de las ikastolas en centros educativos públicos o su inflexibilidad ante un fin del terrorismo negociado políticamente.

Recogen sus aciertos al frente de la Diputación, cuando ganó el pulso al Ayuntamiento de Vitoria, dirigido por el PNV, en lo relativo a la reforma y construcción de «la plaza del ganado», situada a las afueras de la ciudad, para edificar un nuevo estadio para el equipo de baloncesto Baskonia (entonces Taugrés) que, actualmente, se conoce por su nombre: «Buesa Arena». También hacen alusión a las discrepancias que mantuvo con diferentes entidades por la subvención de las «txosnas» (caseta/bar de las fiestas populares en las que se sirven comida y bebida) con dinero del erario público, porque estas pertenecían en su mayoría al ámbito del nacionalismo vasco radical, que no sólo apostaba por derribar el orden constituido y constitucional, sino que le había señalado como enemigo por su perspectiva sobre el uso del euskera en el ámbito institucional y que contribuyó a su estigmatización, como quedó recogido en las páginas de *Egin* y *Gara*.

Pero aparte del análisis de esta figura del socialismo vasco hay otra cuestión que se debe poner en valor. Rivera y Mateo no omiten que la biografía de Buesa no se entiende sin su familia, sin sus amigos y compañeros de partido, sin los terroristas que planificaron su muerte, sin la prensa y medios de comunicación que lo señalaron y lo apoyaron y tampoco sin la realización de una semblanza de la última persona que estuvo a su lado antes de fallecer, el también asesinado Jorge Díez Elorza, el *ertzaina* que lo escoltaba cuando los miembros de ETA Diego Ugarte López de Arkaute, Asier Karrera Arenzana y Luis Mariñelarena Garciandia decidieron accionar la bomba que acabó con sus vidas. De ahí que haya espacio para todos ellos en sus páginas, incluyéndose un prolijo contexto histórico al que los autores aplican diferente *zoom* según el hecho analizado, habiendo tramos en los que la precisión es minuciosa, de crónica de hora a hora, como sucede con su muerte, el sepelio y la posterior polémica con manifestantes, partidos, Gobierno vasco e instituciones; y que en otros el estudio sea más amplio, con continuos nexos pasado-presente y la aplicación de distintas perspectivas de análisis.

Como he señalado al inicio, escribir una biografía no es una tarea sencilla. Más cuando el biogra-

fiado ha dejado una honda huella en la sociedad de su época, en el caso de Buesa, en la política vasca, alavesa y vitoriana, e incluso, como recogen sus autores, hasta en la española. Pero no está demás incidir en que sus autores lo hacen acertadamente, con un hilo conductor claro, basado en diferentes escritos y testimonios realizados por el biografiado, y frases y comentarios tanto de personas cercanas como de la prensa. Estos fragmentos son muy ilustrativos y sirven para tener una idea a vuelapluma de lo que se analiza en los párrafos posteriores y, a su vez, observar el progreso del proceso de estigmatización de Buesa y su actitud ante la intimidación. Y es que, hasta en los momentos más duros, cuando la amenaza contra su vida fue patente, el político vitoriano siguió apostando por las palabras, anteponiendo el diálogo a las pistolas.